# La ciudad de las tormentas

Raúl Montilla Corral

# La ciudad de las tormentas

septem ediciones

*A Jessica*

# uno

BARCELONA, 7 DE MARZO DE 1921

Era una lluvia sucia. Cada gota que golpeaba las oscuras paredes de las casas dejaba su rastro amargo de color marrón. El polvo, que parecía haberse quedado dormido en el suelo, se esparcía sobresaltado al sentir cómo aquellas tristes lágrimas comenzaban a despojarlo de su esencia y lo convertían en barro. Llovía lentamente, como si las nubes que cubrían la ciudad no tuvieran suficiente fuerza para poder paralizar un mundo que, bajo ellas, trataba de continuar cada día ignorando su poder.

—¡Tú! ¡Trae para aquí ese tablón! —chilló Mikel.

Sabía que tenían que trabajar lo más rápido posible para acabar de montar un recorrido de listones alrededor de lo que comenzaba a parecer la estructura de un edificio. Sólo así podrían llegar a conservar algo de su trabajo. Si no eran lo suficientemente ágiles, el barro lo acabaría atrapando todo.

Vicente no había escuchado a su jefe y continuaba absorto en sus pensamientos, apoyado sobre la pala que prácticamente le habían dado tan sólo bajar del tren. Había llegado a Barcelona con su hermano, desaparecido a los pocos minutos de

llegar a la estación de Francia. Matías conocía bien la ciudad. Sus viajes eran frecuentes. Él había sido quien había conseguido los billetes a Barcelona —una opción siempre mejor que ir caminando— y el trabajo en el Ensanche. Lo cierto es que a Vicente no le hacía demasiada gracia trabajar en pisos de siete plantas de altura por su vértigo, aunque no había tenido más remedio. «Así podrás ayudar en casa. Que morir de hambre cuesta menos, pero a poca gente le gusta». Esas habían sido las últimas palabras de Matías, hacía tres días, cuando llegaron. Después desapareció.

—¿No me has escuchado? ¡Qué traigas ese tablón! Maldita sea, parece que esté hablando con el mismísimo presidente de Transversal.

Vicente asintió. El sudor de la cara se le comenzaba a mezclar con las gotas de sabor a barro. Al dejar la pala, esta quedó medio sumergida en un charco. Todavía absorto, trató de regresar a aquel mundo gris y sepia. Cogió uno de los tablones que estaban al lado de una gran pila que todavía olía a madera y se lo entregó a Mikel. El hombre de grandes manos sonrió.

El rumor de la lluvia se hacía cada vez más poderoso. Los truenos advertían todavía desde lejos que aquellas densas nubes marrones no eran ninguna broma. De pronto, silencio. Un golpe seco y